

Teresa López de Vallarino

Juvencio Valle (1)



UANDO llega Juvencio Valle al ejercicio de la poesía, el modernismo acababa de declinar en un fastuoso crepúsculo y sus cánones estéticos habían perdido frescura y vigencia en el mundo hispánico.

La rosa mágica que se abrió en la diestra de Rubén Darío perdía su aroma y su color al pasar a los imitadores de tercera y cuarta mano. El modernismo había rendido y agotado todo su posible caudal de bellezas exteriores, de refinamiento verbal, de exquisitez, de gracia y melodía. Le llegaba también, lo mismo que a todas las grandes transformaciones líricas, su turno de cansancio y agotamiento. Nos dejaba la maravillosa herencia de unos cuantos hombres imperecederos y de algunas obras indelebiles: Rubén Darío y su poderosa orquestación; Guillermo Valencia y su esplendor parnasiano; Amado Nervo y su pálida delicuescencia sentimental; Julio Herrera y Reísig y su barroca embriaguez; Leopoldo Lugones y su rotunda música; Santos Chocano y su tórrido vigor. Los poetas buscaban nuevos rumbos. Era el instante caótico de la primera post-guerra, que señalaba para la cultura occidental, el fin del siglo XIX como actitud ante la vida, ante la política y ante el arte. Un gran viento

(1) Conferencia leída en el P. E. N. de Chile.

iconoclasta se abatía sobre el mundo estético y parecía arrasar por un momento las hasta entonces consideradas como inmutables ideas ejes en el orbe de la belleza. Insurgía el mundo tridente de *ultra* y sus corifeos querían renovar no ya tan sólo la superficie de los versos sino el subsuelo mismo de la creación poética y sus más profundos estímulos

Se ha dicho que los poetas de *ultra* fueron como precursores que no alcanzaron a ver la tierra prometida. Su poesía quedó en el plano de lo nebuloso e inconcluso. Simultáneamente brotaron todos los *ismos* en una especie de furiosa floración: creacionismo, dadaísmo, surrealismo...

Resultaría pueril negar ahora la eficacia violentamente suscitadora, germinal y fertilizante de los *ismos*. Ellos eran el fecundo caos que lentamente habría de concretarse en nuevos sistemas planetarios.

Este caos esperaba los nuevos arquitectos lúcidos de mirada tranquila y de seguro pulso para la faena de la construcción del porvenir. Uno de ellos fué Juvencio Valle. Su poesía aprovecha las experiencias de lo inmediatamente anterior y los mágicos elementos de lo venidero e imprevisto. En ella se alían sustancias tradicionales y nuevas esencias, todo ello reducido al cauce inflexible de su forma personalísima y de su triunfante maestría. Y así van surgiendo uno a uno sus poemas que, aspirando a la serenidad de la columna, conservan la sávia furiosa del árbol.

La obra de Juvencio Valle ocupa un territorio bien peculiar y alinderado en el ancho mundo de la moderna poesía española. Allí el eco de lo anterior y la venturosa estilización de lo contemporáneo. Allí la bien gobernada fantasía. Allí la nítida curva melódica. Allí la sobria distribución del color y de la luz. Allí los valores de la palabra elevados a un cenital valor expresivo.

Posee Juvencio Valle el don esencial de la metáfora imprevista. En ese sentido alcanza con inaudita frecuencia los más insospechados aciertos verbales e imaginativos, estableciendo a cada paso sorprendidas alianzas entre el mundo exterior y su pro-

pio mundo misterioso y descifrando las secretas relaciones entre las cosas que también son y serán siempre misteriosas.

En su poesía, las cosas de cada día y en especial los verdes elementos del paisaje, parecen volver a una prístina existencia virginal; parecen renacer a una vida intacta, pura y trémula.

Nace este poeta chileno en Villa Almagro, comarca dividida por un río que limita al norte con el dolor y al sur con la alegría. Dos mundos diferentes: desolación y exuberancia.

En los terribles inviernos, la vasta cuenca hidrográfica de la región del norte, es un océano furioso que arrastra cuanto encuentra a su paso... y se van rucas de indios, ganados, frutos y siembras con el llanto de las buenas gentes. Los viejos pobladores construyen sus chozas con el mismo molde de incertidumbre, como rosa nueva sobre la herida de la rama trunca mientras miden, cada hora, la estatura del río. Así un día, un año, una vida y siempre...

Al sur es diferente: lomas suaves, sedosas como la lana de las ovejas. Allí serpentea la frescura del indio y los caminos se internan, confiados, entre los gigantescos bosques que no conocen la trágica historia del hacha y del fuego.

Tierra segura, matizada de esperanzas, donde todos los hijos vegetales de Chile tienen su lugar y, protegidos por la mano de Dios, forman la Legión de Honor de este suelo feraz.

Como el río Cautín crece el poeta en el centro de la tierra que mira a un tiempo mismo el dolor y la alegría. Como el río, copia el paisaje, le da vueltas, se mira en él, aprende su idioma y levanta su voz vegetal sobre las piedras, las aguas, las raíces y los hombres. Allí, unido a la voz arcana del roble y a la florecida canción del copihue, crece su acento vigoroso, emanación de selva virgen, raigambre profundo de la región sureña.

La poesía de Juvencio Valle es sinfonía vegetal; gama de verdores en el lienzo del alma; milagroso mimetismo que lo funde con el paisaje y lo rescata al mismo tiempo; tal sus poemas en

donde vibra la voz de la naturaleza robustecida por la voz del poeta.

La corteza se desgarrá, el árbol se derrumba, mas se alzaré la raíz en un gesto vertical sobre la tierra.

Es por eso por lo que no hay dolor en su miraje; sus ojos no repiten el llanto de los hombres y la tristeza no enreda de niebla su corazón. Él canta, reclinado en la exuberancia de la tierra, a través de viejas sensaciones que llegan.

En el «Libro Primero de Margarita», editado en el año 1937 en Santiago de Chile, volumen inicial de las Ediciones Caleuche que hizo un tiraje numerado de sólo cien ejemplares, conocemos la vasta región de sus poderíos sentimentales.

Tras las huellas de los treinta y dos poemas de este volumen, hemos captado la belleza que él descubre en un mundo en donde la hormiga pasea el verano como una dorada carga; el rocío, galante doncel, enjoya a las salvias y a las margaritas; en donde el tordo calla para que diga el buey la promesa del arado; en donde cada ser tiene su acento propio para transmitir el mensaje de Dios escrito en el pentagrama de la selva.

Avanzamos maravillados escuchando al poeta que nos dice:

«La selva es como un caracol marino; está lleno de resonancias y de plumas que se levantan al menor contrapeso. Allí hay una enorme reserva de harinas verdes. Una mano ancha, como de resaca, las dispersa en círculos orgánicos, la levanta y le da vida propia. Alientos menores, fuerzas de color, intervienen con sus untos y algodones; encrespan el aire, lo amasan y le dan tintes de escobillas finas. También los cauces subterráneos, allegan sus dedos húmedos: revientan por pequeños respiraderos, se sostienen cuanto pueden en cuerpo de humo y al fin se quiebran con estrépito. No existe una sola nota plana, la bruma fermentosa lo abraza todo al impulso de su caballería. Estaciones y veneros destrenzan sus fuerzas telúricas; arcos y galerías ponen en pie glorioso, sus alcoholes indefinibles. Además, allí hay una enorme

aglomeración de elementos interminados, de cuerpos vaporosos y desprendidos que gravitan entre la hoja y la pluma. Y qué difícil es caminar sobre un alambre fino; qué grande algazara querer trazar rubros transparentes cuando el pie indeciso no posee aún la ciencia de la hormiga y un titubeo de niña joven se multiplica dominando. Qué ciencia para ubicarse justamente en el punto de partida; qué sentido de la medida para equilibrarse sobre la palabra flor. Allí hay un feudo y un señorío ciertos; un cuartel general donde asentar el báculo para que la planta de predilección florezca libremente. Hasta la propia tierra se nos hace sumisa como una negra. Es notable una viva fusión de lo animal en lo vegetal. Así el pesado buey de hierro echando a bufidos la fuerza motriz por el hocico húmedo; así la golondrina escapándose desde el vientre de Jonás. Hasta el espíritu, en suma, se identifica con la planta haciendo de justo intermediario al volar entre dos montes. Instala su verde huevo en el aire y allí lo contorsiona para que cumpla su oficio de hélice respiratoria».

Al escucharlo lo han llamado «poeta triste», «poeta alegre», «poeta obscuro», mas él responde a estos cargos líricos, impasible, equilibrado, como un dios indio, o un «Adán Liberado», a través de un silencio que lo muestra en actitud ausente de todo y de todos, porque el reflejo de sus praderas interiores es de luz viva, de serenidad.

Yo llamaría Poeta Vegetal a éste que lleva en los ángulos de la frente, en los gestos y en la voz, en el silencio, en los nervios, toda la flora chilena, toda la flora del mundo.

En su rostro se ha esculpido el primer viaje de la hoja y la última palabra de la brisa; en su espíritu la diáfana serenidad de los lagos; late en su pulso la fiebre de la espiga y dibujan sus plantas los rumbos para el agua, la hormiga y el ave.

Hay en todo su tronco un melancólico rumor, como aquel de la primera manzana madurada en las manos del hombre.

Una pureza y una ingenuidad campesinas lo defienden de las grandes hecatombes urbanas. No llora a grandes voces, pero una congoja sutil está latente en la pupila de su ensueño.

Su fuerza se nutrió con los elementos primarios: el vaho de la tierra, las raíces oscuras, el agua transparente.

De los labios del agua escuchó una poesía en capullo, sin comienzo ni fin... De ahí su actitud ante los humanos; de allí su costumbre de abstracción y lejanía.

Los elementos lo tocan de costado o de frente y entonces parece llenarse de estaciones... unas veces es flor y otras fruto.

Lo contemplo erguido, como una encina que se nutre de espuma, nieve y nube; tres vértices del triángulo inmenso donde palpita vigorosa toda la fronda chilena.

Montaña, selva, desierto... fuerzas telúricas latentes en el cosmos vegetal de su canto.

El mismo parece explicarnos su origen y su motivo capital cuando dice:

«Soy el caballero sin inconvenientes, ubicado en otra parte, definiendo la abundancia con un índice blanco. Mi estructura es la del árbol productor de aceite; de allí este deslizarse como un sauce; este derrumbe fluvial y esta continua permanencia en cuerpo líquido. Cualquiera que viva con el rostro humano vuelto hacia Dios, adquiere esa misma expresión de hoja patinada. Por inspiración o por instinto él hombre vegetal no hace empeño alguno por escapar a sí mismo. No huye a su prolongación estremeada y es como si en él, pesara todo un pasado de mieses y legumbres. Se abandona a su sentido de substancia media, se entrega subdividido en ondas; se deja vestir de frutos y enredaderas. De esta manera se va extinguiendo en radiaciones heladas, se va apagando tenuemente en la respiración de las hojas. Después su pequeño destino se continúa en la atmósfera que lo rodea, en las semillas y objetos que son de su dominio».

Aquí su poesía se torna autobiográfica porque en ella cuenta su historia que es la historia de un alma silenciosa.

Y es delicia pura escuchar en la voz del poeta, el acento repetido de las palabras que nacen en la raíz, crecen en el tronco, se multiplican en las hojas y mueren para nacer luego en el fruto que es un himno a la semilla.

Ahí el alma de la naturaleza plena de sabiduría; allí la médula de la vida misma; allí la fuente inagotable de la savia que nutre al hombre para que unido a todos los elementos, levante un canto magistral; desde la creación divina hasta la creación humana.

En la pupila del poeta caen las rosas y se deshojan las mariposas; la piedra se desmenuza y el tronco se hace polvo; la tierra se liberta de raíces y sólo queda el viento salpicado de colores que se pierden en la primera noche del primer hombre.

Ante las páginas del «Libro Primero de Margarita», un deseo ingenuo impulsa a nuestros brazos... el mismo que sintiéramos ante un árbol en sazón: sacudir fuertemente las ramas, para que se esparza el fruto y llegue jugoso y prometedor a los catadores de la buena literatura.

* * *

Juvencio Valle aprendió el alfabeto vegetal tendido sobre la hierba y, como un dios Pan, contempla al campesino y al leñador, cuyas palabras y sentimientos brumosos, los señalan como hijos adoptivos de la selva. Escuchemos de nuevo su voz:

«El universo de las plantas vive atravesado por una corriente de balbuceos, de movimientos de lenguas y motorizaciones perdidas; así es como se denuncia esa reverberación humana que confiere carácter animal al ritmo de las hojas. Hay ciertas energías de batalla, ciertos fuegos resplandecientes que van, desde los pulmones del hombre hasta los de la hoja. El campesino es un

ser extraordinario, vive de ocultos vapores, perdido en su montaña de aguas oscuras. Su pesadumbre es como un sombrero de tierra y es por eso que él choca en sí mismo; por eso es que se le quiebran las alas desde adentro. No hay manera de abrirle campo, de darle impulso a sus palancas de dominio. Nubes y enredaderas van adhiriendo más fuerte que a una pintura a su piel de hule. Al campesino le llueve un afrecho macilento, de ahí su cantidad de bruma; su grande mansedumbre y esa capucha crepuscular que lo guarece entre líquenes. Cuando me descubro en este estado de bruma o de vigilia, cruzo mis brazos sobre el pecho y lloro a la descubierta».

LA OBRA DEL POETA JUVENCIO VALLE.

En 1929 una voz nueva se escucha en Chile:

«Esta emoción azul será mi verso?
Asoma como un brote en mi palabra,
aromada de ensueño y de ilusiones,
candorosa y azul como las salvias».

La Editorial «Azules» recoge sus primeros versos y edita «La Flauta del Hombre Pan», primer libro de poesías. En 1932 nos brinda la Editorial «Nascimento» su segundo libro bajo el título de «Tratado del bosque». En este tomo de deliciosos poemas se adivinan las raíces de un poeta con sino vegetal.

«¿Qué cosa habrá más buena para lavar las sienes
y florecer, huyendo del pilar de cemento,
que abandonar los remos y tender las raíces
escuchando la flauta que silba en la colina?»

En el «Libro Primero de Margarita» publicado en el año 1937 y que corresponde a su tercera obra poética, define su original modalidad que brinda a la lírica chilena un acento nuevo. Treinta y dos poemas en prosa que lo consagran definitivamente.

En 1938 viaja a España, permanece allí dos años y la recorre casi totalmente. Vive entre intelectuales españoles con el anhelo de conocer toda la verdad y la entraña misma de esta nación. En Barcelona conoce a Díaz Canedo y a León Felipe. Una orden de Franco lo recluye por un tiempo en la cárcel.

A la vuelta de España, en el «Certamen del Cuarto Centenario de Santiago de Chile» obtiene el primer premio de poesía con su libro «Nimbo de Piedra», que publica en ese mismo año de 1941, la Editorial «Cruz del Sur».

Allí encontramos un canto «Relación de España», que es un homenaje a la España que él vivió.

Aquí algunas estrofas:

RELACIÓN DE ESPAÑA

España tiene un sino tan alto y afinado,
un agua como un pez de luz bailando adentro
un pino ardiendo al fondo como un pulido objeto,
un resplandor y un ruiseñor bien instalados;
tiene una piedra espesa que trastrocada canta
y una estatua que vuelve su busto al mediodía.

Para subir al cielo de España, que es tan alto
ni las palomas suben, los pájaros se caen;
los árboles se doblan y los débiles alambres
se cortan como tocados por una fría espada.

Un arroz suelto y nupcial llega de arriba,
una delgada harina, toda una transparencia
que abajo es como un cáliz para el aire
o como un vaivén en flor que se depura.

¿Qué molino universal hace este nimbo?

¿Qué abeja melodiosa lo transporta?

¿Quién lo sopla, lo afina y lo desviste?

Más adelante dice su canto:

«Ahora tienes una sangre final como una espada;
crujes y levantas cenizas poderosas;
vas como un barco hundiéndose, clamas desposeída
y la congoja te anida debajo de la lengua
y la sangre te duele como un bosque de pinos.

.....
.....
.....
.....
.....

Oh España, la del último diamante verdadero,
la que tiene una pluma ardorosa en la frente,
la que ha ido desenterrando a fuerza de azadores
un maravilloso y caro mineral de lámparas.

Tierra donde los molinos estiran sus gargantas
para que pasen los solitarios con sus hachas;
donde los ácidos oscuros al erguir sus culebras
quieren morder por debajo tu calcañar de greda.
Donde la mujer del pueblo al llegar sonriendo
no trae más presente que su aporte de trigo.

Tiemblan ahora los caminos de la Mancha
al ruidoso galope de esas caballerías,
y los torreones, las piedras y los espinos
alargan amargamente sus brazos colorados.

Extiendan en derredor sus humos fulminantes
todos aquellos cuerpos de profunda pintura:
tus sábanas de alcohol atravesadas por caballos.

tus intestinos donde trabajan las abejas,
tus torres edificadas sobre el agua fuerte
y hasta el viento que araña con sus uñas.

.....
.....
.....

España no es de hierro, es pura seda;
el tren blindado que tú llevas dentro;
seda tus armaduras, pura seda,
la umbela roja de tus carabinas.

España no es de hierro, es pura seda
tu pan amargo, tu comida triste,
seda tu corazón de bronce y seda
y el metal humano con que te defiendes.

España no es de seda, es puro hierro
la lila frágil que te ofrece el alba;
hierro tus rosas vírgenes y hierro
la miel que se desborda por tu pecho.

España, no son de seda, son de hierro
hasta tus uñas que parecen flores;
hierro tu voluntad y puro hierro,
la pólvora que muerdes con tus dientes.

* * *

Por momentos podríamos calificarlo de barroco por la fusión de elementos metafóricos y sensuales que acumula en el poema; por momentos el símbolo de su poesía es la desbordada cornucopia como quiso Dámaso Alonso para el gran cordobés don Luis de Góngora y Argote.

Se deja tentar y seducir a veces por el demonio delirante de las formas, pero de pronto sabe también alzarse en amoroso silbo y en anhelante espiral.

Una emoción muy viva y personal de la naturaleza, un sentimiento simbolista del mundo, una tendencia a lo nítido y construido, una pasión varonil que todo lo irriga como sangre generosa: he allí los elementos esenciales de la estética de Juvencio Valle; gran heredero de la retórica modernista, ha sabido imprimirle el nuevo rostro de sus sueños, y en especial el rostro de su Chile.

Se diría que en la obra de Juvencio se toca, se respira a Chile.

Allí está vívido el paisaje de mar sonante y cordillera diamantina; de insignes pinos y álamos plateados; de riscos y de uvas; de sed y de frescura; de fuego y de nieve.

Si queréis conocer a Chile, entrad por la puerta mágica de esta poesía y allí lo encontraréis extendido en toda su bella forma yacente:

«Ay, mi Chile del Sur, escuadra pura,
molino y remolino a la intemperie
y corazón plural en donde caen
las húmedas basílicas del cielo.

A tu estación abierta al sur marino
llega el invierno con sus carabelas,
con la humareda de sus trasatlánticos
y sus vidrieras de esmeralda fría.

Ay mi Chile del Sur, como se mojan
tus enormes barracas de madera;
junto a tu dura lámpara salada,
como se moja el corazón del indio.

Lágrima, anís, vinagre, ajenjo, hielo,
bajo tu Cruz del Sur como se mojan
los muertos cementerios, las callampas,
los pájaros polares y las bestias.

Y el galope de junio entre los juncos
decapitando estrellas con su espada
rompiendo surcos con sus uñas verdes.
El galope de junio, casco y diente,
sonando coros mágicos por dentro,
destruyendo floridas catedrales.

Y tus crueles gigantes centinelas
removiendo tus copas suspendidas
o agitando sus húmedas campanas;
y tu aleta caudal, de banda a banda
despejando las zonas capitales
por donde en una súbita hecatombe
el cielo irrumpe por los tragaluces
y el agua universal por sus corimbos.

Tiene largas gargantas ateridas
tu vivo viaje al polo, flor de nube,
tiene delgados mundos en los dedos,
lunas como raíces apretadas
y máquinas giratorias sobre el pecho».

Pocos poetas americanos han dado con tanta finura e intensidad la nota esencial de un paisaje, como en el caso de Juvencio Valle con su tierra chilena.

Y algo que no puede olvidarse: por esta poesía, discurre también, riente y errátil, ojos alegres y cabellos sueltos, la primavera del sur.

Está bien que frente a tanta poesía de angustia y desesperación, de duelo y de muerte, como ahora se escribe, levante este poeta su mundo juvenil y jubiloso. Bien está el fino arroyo cantarino al lado del pávido río y bien «La Flauta del Hombre Pan» en la dramática orquestación de nuestro tiempo.

Tampoco puede olvidarse el poderío que alcanza la voz de Juvencio Valle cuando declara su amor por las bellas creaturas femeninas. En su bosque feérico, en su verde bosque jocundo junto al hada de las frutas que danza ensimismada su danza, pasa la muchacha, la eterna Margarita, a quien sus palabras parecen acariciar con una especie de nuevo tacto turbador.

Una viril exaltación expresada con algo como un sombrío delirio, se hace patente en sus versos y la emoción amorosa se expresa entonces en una forma extrañamente peculiar, en la que se combinan de manera magistral vetas de aguda sensualidad, de pura y eterna sensualidad, de la sensualidad del primer día del paraíso y gentiles ternuras y amorosos desfallecimientos.

El amor en su poesía es pureza primaria; clima, en donde el polen se esparce, el cáliz se dilata y la tierra se estremece enardecida al contacto con la semilla. Amor selvático que repercute en el nido y la caverna.

He aquí algunas estrofas del «Canto de Amor».

Yo varón sin nobleza, hecho de barro,
 sin bandera, sin índice, sin lirios
 os amo como puedo, impuramente,
 en forma de invasión, cuchillo en mano;
 os amo en capitán con carabina;
 en rudo leñador que afila su hacha.
 Os amo bien desnudo con mi barro,
 bien gusano de luz a ras de tierra;
 vuelto piedra y raíz como un minero,
 pecho y boca en los túneles oscuros;
 aullando cuesta abajo como un lobo,

llorando noche a noche en vuestra oreja.
Pero a veces, qué trémula es mi harina;
qué callado el camino de la hormiga,
y qué mística la sombra del olivo.
Qué ojeras me circundan de repente
o qué ausente de mí mismo me descubro,
cuando espero, perdido y dolorido
el azúcar conyugal que hay en tu lengua,
la rosa sideral que hay en tu pelo.

Luego aparecerá «El Hijo del Guardabosque», libro que el poeta tiene en preparación.

En una de las páginas del «Libro Primero de Margarita», al hablar del Hijo del Guardabosque, nos anticipa este lírico concepto:

«El Hijo del Guardabosque tiene punto, tiene filo, casco y tono. Es como un dios del agua; le resbala la umbría por el pecho salino. Y sólo de año en año se le divisa en un resplandor de cuchillo, en una vislumbre adherida que lo ilumina fugazmente. Lo veo venir lloviendo, saltando entre lianas desplegadas, corriéndole el agua por los cabellos de culén florido. Cual un gusano vegetal, se come las hojas relumbrosas sin darle importancia a su alimento, y esta comida tan en el aire, hecha casi a vuelo de pájaro, le da un aspecto virginal de dios primitivo. Yo me siento compañero de su infancia y me enrolo con alegría a su verde parentela: los juncos navegantes, las dulces cisternas, el caballo de lomo de correveola que se come la abeja y la flor y cuyo relincho es perfumado».

Juvencio Valle trabaja en la sección «Fondo General de la Biblioteca Nacional» en donde se encuentra la literatura europea. Por su cotidiana e ineludible responsabilidad, escribe a ratos: palabras, frases, pensamientos... sedimentos de su preo-

cupación literaria; después al darles sabor y forma definitiva en esa manera de escribir que podríamos llamar del cuarzo al oro, experimenta el mismo deleite del sol al desnudar la sombra.

Actualmente está prologando y anotando «La Colección Poética de Neruda» que en diez volúmenes publica la «Editorial Cruz del Sur».

En Juvencio Valle concurren los poderes inmensos, inagotables y puros de la literatura chilena.

El poeta, el cuentista, el novelista, avasallados por el paisaje, nos regalan la geografía sentimental de esta tierra digna de sus poetas y cóndores; de sus mujeres y montañas...

De esta tierra, paleta mágica de colores, climas, latitudes, emociones y paisajes, en donde cada palabra armoniosa es un poro de la piel maravillosa de su cuerpo general: de Chile!!!

Cauteloso, ahonda en la entraña de la sensibilidad, como la raíz en el subterráneo misterio de su origen y luego aflora sobre el ensueño amorfo, su silueta original, lograda, estética, de artífice que ha proyectado en su obra, el don supremo de Crear.

Me habéis acompañado a un breve viaje por la poesía de Juvencio Valle. Hemos visto de paso: súbitas cascadas, árboles repentinos, música de viento y hojas, el vuelo de las nubes, el son del mar.

Viajar al corazón de un poeta es siempre una maravillosa experiencia; una aventura. Pero aquí, el corazón del poeta, se confunde con el corazón de su patria. Y al poner el oído sobre la poesía de Juvencio Valle, nos parece escuchar el corazón oceánico de Chile palpitando entre la nieve y el fuego del sur.